

**SEMINARIO CLÍNICA DE NIÑOS Y ADOLESCENTES**  
**PROFESOR INVITADO: RICARDO RODULFO**

**17-09-08**

Ricardo Rodulfo:- Siguiendo lo que estuve planteando la última vez, hay una cierta necesidad de barajar y dar de nuevo algunas cosas en el terreno del Psicoanálisis. En especial el jugar y la Clínica con niños es un buen lugar para hacerlo. Uno de los problemas que arrastramos en el Psicoanálisis es cierto efecto significativo ligado a Freud como significativo. Aunque Freud murió en 1939 y se mantuvo intelectualmente muy activo hasta el último día, su formación intelectual y científica y su horizonte era totalmente del sXIX. Nada del sXX a Freud le gustaba ni le interesaba; ni el Surrealismo ni la pintura no figurativa ni la literatura ni la Física ni la Biología de su tiempo. Su formación era básicamente decimonónica. Y uno de los problemas es que el Psicoanálisis emerge hacia fines del sXIX y en los albores del sXX. Y en ese instante algunos de los conceptos estudiados por él en ese momento están envejecidos y a poco de caducar, como por ejemplo todo lo que estudió en torno al instinto o pulsión. Por eso una renovación del Psicoanálisis en ese punto es muy importante. Además, partir del jugar es cambiar la referencia. La referencia originaria, el lugar desde el cual el Psicoanálisis empieza a pensar cierta problemática es el paciente adulto neurótico, más bien neurótico grave. Cuando partimos del jugar la referencia no es ese personaje. No se piensan desde allí todas las cosas; se piensan desde un bebé o un niño pequeño sano jugando. Esto podría contribuir a pensar un Psicoanálisis, uno podría decir, con más "onda". No un Psicoanálisis centrado en la angustia, la culpa, la castración, lo que falta. No es pensar en una concepción reactiva de la existencia como si la existencia fuera fundamentalmente defenderse de una angustia masiva y eso fuera lo central. Desde el jugar, la actitud afectiva dominante es la alegría y una alegría más excitada. Entonces, todas las cosas desde este punto se pueden repensar; incluso en objetivos terapéuticos un poco más ambiciosos. Incluso como lo planteaba Deleuze cuando decía que el Psicoanálisis finalmente había prometido una redistribución subjetiva y terminaba desembocando terapéuticamente en una prédica de resignación infinita. Bueno, todas estas cosas podemos ir las pensando.

Vamos a ir avanzando en esto del jugar. Partiendo de lo que vimos la vez pasada sobre un “Dios que no juega a los dados”, la introducción del jugar en el pensamiento contemporáneo, ya no solo en el Psicoanálisis, implica la concepción de un universo sin planes. El universo como el juego no es ni irracional ni racional. Es un juego de nadie y esto vale a toda escala. El jugar va a implicar siempre allí repetición y repetición va a implicar diferir, diferenciarse. Cada repetición introduce algo diferente. Así es incluso de sesión a sesión. Se empieza a abrir un panorama del nuevo valor, del nuevo prestigio que adquiere en el pensamiento contemporáneo el concepto de juego, más ligado a lo que tradicionalmente en Filosofía se llama Ser. Uno podría tomar una fórmula y decir que “Ser es jugar”, pero no nos conviene meternos con fórmulas demasiado genéricas.

Desde el punto de vista subjetivo, el próximo paso que podemos dar es marcar lo siguiente: Jugar no es exclusivo de la especie humana. Si bien, podemos evaluar que la complejidad que adquiere el jugar en la especie humana por su desarrollo es un salto respecto a otras especies. Pero el jugar aparece muy temprano en la escala evolutiva. Y podríamos decir que el jugar emerge al mismo tiempo que la importancia del “entre”; o sea, la importancia del vínculo con los otros o con el otro. Allí donde no importa la relación con el otro tampoco hay jugar. En todo jugar hay ese “entre” dos o más que tiene una importancia decisiva. Por ejemplo, una hormiga no necesita de otra hormiga para ser hormiga. Está, como diríamos, programada instintivamente. Una tortuga no necesita de otra tortuga para ser tortuga. En cambio, un mono necesita de otros monos para ser mono, sino no puede ser mono. Incluso con los animales domésticos esta cuestión se complejiza. Un perro para ser perro no solo necesita de otros perros sino del contacto con los seres humanos. Ahora bien, todas aquellas especies donde el otro no cuenta o no hace falta, no juegan. La tortuga no juega, tampoco la hormiga. Uno puede empezar a registrar comportamientos lúdicos e interactivos a partir de las aves; por ejemplo, el desarrollo del canto que remite al contacto con otros, a la imitación, etc. Entonces, donde hay jugar es decisivo el otro, los otros, el “entre”. Ese es un punto básico. Y más básico todavía si pensamos que en verdad, y acá la Clínica Psicoanalítica tiene mucho que decir, el encuentro con el otro se realiza sobre todo jugando. Y esto fue Winnicott quién lo conceptualizó. Jugar no es

una superestructura que acontece después de una relación, constituye la relación. Por eso este término “encuentro”, que utiliza Winnicott, y la referencia que viene del inglés es una palabra muy fuerte. A diferencia del castellano, en inglés en sentido intersubjetivo es “meeting”, en cambio encuentro de cosas es “find” el verbo que se utiliza. En castellano no tenemos esa diferencia; decimos: “*Me encontré este libro en la biblioteca*” “*Me encontré con fulano*”. Usamos el mismo término para las dos cosas. Ésa es una de las cosas que tiene a su cargo el jugar. Podría decirse justificadamente que es un descubrimiento del psicoanálisis. Porque hasta entonces el jugar era un capítulo más en la vida de un chico o de un ser humano o de alguien, una subjetividad. El Psicoanálisis descubre, entre otras cosas, retrocediendo mucho en la edad de los pacientes que atiende y extendiéndose mucho en las problemáticas de los pacientes que atiende, ensanchando mucho su esfera de atención. El Psicoanálisis descubre el papel constituyente del jugar, el eje principal a través del cual se constituye una relación. Por ejemplo, pensemos como se hacen amigos los chicos. Los chicos se hacen amigos jugando, no tienen otra manera de hacerse amigos. Por lo tanto, si un chico no puede jugar con otros chicos no puede hacerse amigos.

La otra función decisiva del jugar es la que concierne a la creación del mismo objeto el cual es objeto del juego, en principio los juguetes. Ese es otro descubrimiento del psicoanálisis. El juguete no es algo que le podemos dar a un chico como producto ya envasado, sino que el chico lo hace al jugar. Yo puedo llamarle a eso juguete o no, pero para el chico aquello con lo que juega es un juguete. Más conceptualmente Winnicott lo llama objeto transicional, pero al decir juguete estoy delimitando un tipo particular de objeto que es creado por el chico en un interjuego con otro, en un encuentro y luego él solo. El juguete no es una cosa más de la realidad, tampoco es una clase particular de objeto porque bajo ciertas condiciones cualquier objeto puede devenir juguete, cualquier objeto socialmente llamado de tal o cual manera. Entonces la constitución del juguete es muy importante para toda constitución interior de objeto. Y esto vale para muchísimas cosas que no acostumbramos a llamar juguete; las palabras en la boca, por ejemplo. Cuando se dice así “*Juega con los pensamientos*” o “*El juego del pensamiento*” eso no es una metáfora, es una descripción exacta de cómo es la cosa. Por ejemplo, es muy diferente un

estudiante que puede jugar con sus pensamientos, aún en las ciencias más duras, a otro que no puede hacerlo. Podrá aprender cosas aplicadamente, pero eso no está activado, está como muerto. Es lo mismo que si a un chico le compramos muchas cosas que llamamos juguetes y no las usa o las usa de una manera mecánica.

Entonces, estas dos vías se abren: ENCUENTRO y CREACIÓN. Creación es una palabra interesante porque implica algo que yo hago a partir de un esfuerzo mío; implica algo que pongo yo que no estaba en el ambiente. Por eso, en última instancia en el pensamiento religioso el único creador es Dios. Es el único que puede crear de la nada. Creación tiene ese matiz más fuerte; no invención, fabricación. Tampoco dice “descubre”; no es que un chico descubre algo que estaba ahí.

Pero esta creación no es independiente del encuentro. Si no hay encuentro el chico no lo podría hacer por que el jugar va de la mano del “entre”, como dijimos antes. De hecho, ya desde muy temprano y bajo condiciones saludables, un bebé durante el primer año de vida alterna juegos solo con juegos que hace con otros, llámese su mamá, su papá, hermano, abuelos, etc. Conocemos esos juegos típicos de la manito que da vuelta, del taparse y destaparse o todos los juegos sonoros. Así que ENCUENTRO y CREACIÓN se articulan. De donde se deduce que si se lesiona la capacidad de jugar el chico se queda sin poder relacionarse con otros de manera genuina y no tiene como crear nada, llevándolo a su extremo más grave. Un daño importante en la capacidad lúdica por factores genéticos o factores ambientales que impiden un buen encuentro o una combinación de ambos o factores de zar; por las razones que sea, cuando la capacidad de jugar está dañada el chico no tiene cómo encontrarse de verdad, ni cómo crear nada. De donde se desprende lo importante aquí de la intervención del analista en la clínica. Y esto cuando se tiene la suerte de intervenir más o menos a tiempo, cuando las consultas no son demasiado tardías. Porque aquí la intervención del analista va mucho más allá de las intervenciones tradicionales; hacer consciente lo inconsciente o interpretar tal deseo o ayudar a delimitar la represión. Todo esto tiene su validez y no es poca cosa, pero aquí la intervención es de vida o muerte. La intervención nuestra tiene que poder activar una capacidad de encuentro atrofiada tempranamente o no constituida, una experiencia de encuentro con

otro, sin la cual para el chico no hay ninguna posibilidad de vida humana, y poder activar esa capacidad creativa, que empieza en las manipulaciones más sencillas que hace un bebé con la mano, con la boca y termina en los juegos más sofisticados de regla como veíamos en el “game” de la vez pasada.

Para llegar a esto el Psicoanálisis tuvo que poder sortear, atravesar el positivismo. Y todavía tenemos ciertos factores inerciales. Hay colegas que no han podido realizar ese atravesamiento. Digámoslo así: la experiencia de encuentro está en el lugar de lo que se conoce como la experiencia de la vivencia de satisfacción, pero en una síntesis más rica. El autor que más claro lo plantea es Daniel Stern. Cuando el interés se desplaza, y no solo en los psicoanalistas, de la oralidad, el amamantamiento, los procesos de cuidado al foco que se pone en ¿hay juego entre madre y bebé? ¿Existe eso? Se puede ver un libro de hace 50 años de Arminda Aberastury, por ejemplo, y ver cuando ella toma una entrevista que el lugar que ella le da al jugar es un lugar mucho más acotado. Se interesa mucho más por preguntar, por ejemplo: ¿hasta qué edad tomó el pecho el bebé?, que no deja de ser importante.

Marisa Rodulfo: - Bueno, desde mi punto de vista el desarrollo tuyo sobre el jugar y la experiencia de la vivencia de satisfacción me parece que da un paso más que Stern, porque es un trabajo sobre también las ideas de Stern, pero desde Winnicott, desde otros autores, desde Derridá. Me parece bien que recomiendes a Daniel Stern, pero yo recomendaría específicamente todos tus desarrollos, que están todavía más actualizados. Porque “El mundo interpersonal del infante” es ya del siglo pasado.

Ricardo Rodulfo: - Si, puede ser. El “entre” se juega mucho también en estas cuestiones. Uno no puede delimitar exactamente qué idea es absolutamente mía. Justamente hay todo un trabajo y un interjuego que va y viene y bueno, uno tiene ciertas marcas y ciertas cosas. Pero lo cierto es que esto es importante también para entender la experiencia de encuentro porque la primera forma de aproximarse, la positivista, tenía que primero concernir a una función biológica básica. Recuerden que al Positivismo le interesa todo lo que se puede contar, medir, pesar, calcular, ver; no es muy experto en fantasmas. Y eso fue lo notable en Freud; poder captar los fantasmas humanos teniendo

una base tan precaria. En la experiencia de la vivencia de satisfacción el ejemplo clásico es el pecho y la boca, el amamantamiento. Entonces el acento está puesto en el placer, en la satisfacción de la necesidad y en el placer que se obtiene. Y luego estará toda la cuestión de que el pecho es perdido, se pierde, se desteta; una serie de cuestiones que van a estar ahí jugándose. Pero la referencia muy fuerte se queda ahí; no es de un encuentro de juego. Hoy lo veríamos de otra manera. Hoy la pregunta capital en la clínica acerca de todas estas cosas es siempre ¿cómo? No tanto ¿qué?, o ¿cuándo? Aunque esas preguntas tienen su peso, el ¿cómo? es lo fundamental. Por ejemplo, se amamantó. Si, pero ¿cómo? Un amamantamiento que sea una experiencia de un encuentro de juego no es lo mismo que un amamantamiento hecho sobre una especie de rutina y de trámite. Además el acento se desplazó más allá de la alimentación y ahora se pone el foco sobre cosas que antes ni siquiera se registraban. Por ejemplo, ¿juega esta mamá con este bebé?, ¿juegan juntos de distintas maneras?, ¿cómo lo hacen? y ¿con qué características? Digo mamá y bebé por simplificar, pero es todo ello. Lo mismo cuando se piensa en pictograma, un concepto acuñado por Piera Aulagnier, zona-objeto, donde también el boca-pecho es un referente que pareciera que a los analistas les cuesta mucho sacarse de la cabeza. Pero es peligroso cómo se piense esto porque no es la boca-pecho que describiría un pediatra. Si uno se queda con eso se queda en un pensamiento muy positivista, que no es el pensamiento de Piera Aulagnier. Si bien el esfuerzo de la autora por compatibilizarse con la Metapsicología de Freud a veces la ha hecho resbalarse en ese costado, pero eso no es lo que ahí está en juego. Esa boca es mucho más que una boca; boca y pecho no hacen nada si no hay encuentro. Y encuentro implica enseguida una relación que va mucho más allá de boca-pecho. El encuentro implica, por ejemplo, esa suposición de subjetividad que en cuando una familia hay disponibilidad para un bebé aparece enseguida. No se lo ve como una cosa, como un organismo, como un objeto. Todo el tiempo se le atribuyen intenciones o deseos o propósitos; esa suposición de subjetividad fundamental sin la cual no alimento, no nutro el entre. Por eso prefiero hablar de experiencia de encuentro porque sino queda fijado a una experiencia corporal pero de cuerpo de la medicina.

Además hay otras dos cuestiones. Una es que, justamente a propósito del encuentro que se realiza a través del jugar, Winnicott marca que ésta es la necesidad por excelencia. Una cosa nueva del pensamiento de Winnicott en relación a Freud, a Lacan, a Klein, es que necesidad no remite a necesidad por hambre, sed o sueño. Necesidad remite a necesidad del otro, necesidad de encontrarme, de que haya alguien ahí conmigo para hacer algo. No hay necesidad más fuerte, incluso en el sentido lógico, cuando digo es necesario que esté el otro para que se produzca el encuentro, para que se cumplan ciertos procesos. En ese sentido, el concepto de necesidad de Winnicott es original para un vocabulario clásico que siempre lo ubicaba separado del deseo y más ligado a lo fisiológico. Lo cual le puede servir a un médico, pero a nosotros pensar en necesidades fisiológicas puras no nos sirve para nada.

El otro punto es ver qué cuerpos se encuentran ahí. Allí es donde justamente toda esa simplificación boca-pecho actúa cerrando la cabeza. Todo esto tiene que ver con descubrimientos en el campo psicoanalítico y además con descubrimientos en el campo de la psicología. Cuerpo es afecto. Cuando nosotros decimos "cuerpo" en nuestro campo estamos inmediatamente hablando del afecto. Cuerpo es afecto sin mediación del lenguaje, sin ninguna mediación. El cuerpo sin afecto es el cuerpo de la metafísica occidental, el cuerpo dissociado del psiquismo, el cuerpo máquina cartesiano, el cuerpo máquina de la medicina, el cuerpo organismo. En la medicina no se estudian los afectos; el cuerpo que se estudia tiene anatomía, fisiología y patología. O sea, el afecto no interviene. Si un médico hace intervenir al afecto en su clínica lo hace por su cuenta, porque es buen clínico y entonces toma en cuenta el estado emocional de su paciente. Pero en los libros de medicina eso no figura porque hay un corte ahí. Y es un corte que viene desde Platón con su cuerpo-mente. Inclusive también en el Cristianismo se habla del cuerpo y el alma. El alma solo es inmortal y subjetiva. El cuerpo es pura carne. A nosotros ese cuerpo no nos sirve, para nosotros el cuerpo es con afecto. Cuando decimos encuentro corporal es un encuentro donde va a haber algún afecto en juego; va a ser un cuerpo con alegría, con enojo, con tranquilidad, con excitación, con angustia, etc.

Entonces pensemos las consecuencias. Si el jugar está lesionado no hay encuentro. Si no hay encuentro ¿cómo se constituye el cuerpo como afecto?

No se puede constituir, o no se puede constituir más que de modo muy patológico. Con lo cual todo esto va a orientar mucho cuales van a ser nuestras intervenciones.

Podemos distinguir por comodidad el afecto de la emoción, en el sentido de que la emoción es verbalizable, en palabras. En cambio, buena parte de lo que es afecto no lo podemos verbalizar, pero lo podemos musicalizar, y ahí ese campo tan grande y envolvente de todo lo musical, lo podemos pintar, lo podemos dibujar o lo podemos jugar. Por ejemplo, una inhibición que implica una dominancia afectiva en lo corporal, no se puede decir pero se puede dibujar. De pronto, vemos que el chico dibuja un cuerpecito con líneas muy tenues pequeño e inmóvil. O que una nena dibuja una nena-flor, con un rostro hermoso pero en tanto flor sin bracitos y sin piernas, enterrada en el suelo y por lo tanto privada de todo movimiento. Es otro modo de dibujar la inhibición que no se puede decir de otra manera. Otras veces se puede cantar o se puede jugar. Lo cual designa todo un campo complejo de lectura que tenemos que aprender a hacer.

Marisa Rodulfo: - Justamente el material de Diego, un caso de inhibición desarrollado en “La Clínica del Niño y su Interior”, se produce en el jugar y el dibujar. Y lo que parecería ser algo supuestamente desinhibido que es tanta elocución verbal se ve que también está al servicio de la inhibición. O sea, no nos tenemos que dejar impresionar por un chico que tiene tal dominio del lenguaje, tal soltura que parece no haber nada de inhibición. Pero el mismo lenguaje está atrapado ahí en la misma inhibición en la que está el juego y el dibujo

Ricardo Rodulfo: - Claro. El capítulo dedicado a ese paciente es muy demostrativo al respecto. Recordaba, con esto que decía Marisa, un chico de 7 u 8 años que viene a la consulta. Hago la primera entrevista con él y a mí lo primero que me impresiona es un chico tan despierto, tan conversador, con buen nivel de verbalización. Ahora, empiezan a pasar algunas cosas en las sesiones siguientes. Por eso digo que es importante tomarse su tiempo, dejar pasar algunas entrevistas para diagnosticar. Eso es muy difícil cuando uno trabaja para prepagas que exigen un diagnóstico rápido y se corre el riesgo de

hacer un diagnóstico prematuro y equivocado del paciente. Yo comienzo a ver lo siguiente: él habla de todo lo que hay en el consultorio, elogia los juguetes: “¡Qué lindos juguetes!”, “¡Qué buenos materiales para dibujar!”, pero no hace absolutamente nada. Y fácilmente uno podía equivocarse, pero toda esa pirotecnica verbal estaba al servicio de una inhibición motriz fortísima por la cual él no podía hacer nada. Entonces se impostaba en la posición de hablar como un grande porque todo el mundo, incluso yo mismo al principio, decía: “*Pero este chico parece más maduro, más grande*”. De nuevo ahí la importancia del ¿cómo? Es decir, sí habla, pero ¿cómo? No es lo mismo que un chico que habla como parte de un juego narrativo, donde va combinando procedimientos lúdicos, operaciones con juguetes con un guión como historieta; con una parte práctica y otra parte hablada donde los personajes se dicen cosas, donde hay una interpenetración del aspecto, digamos, cinematográfico plástico del juego y la parte de guión, argumento, narrativa, diálogo, etc. Pero en este chico no es así. En este chico está el hablar como un grande en lugar de una posibilidad de jugar inhibida. Y ahí eso no es decible, pero se ve negativamente en todo lo que no juega, no dibuja y en todo lo que también implica no hablar nunca de cosas de chicos, sino buscar agradar a los grandes con cosas de grandes. Y en esto volvemos al ¿cómo? En el trabajo con niños y adolescentes es muy importante no dejarse deslumbrar por ninguna producción en particular ni darle más jerarquía que a otras. No es que ahora hay que darle más jerarquía al juego con juguetes o al dibujo en contraposición a la palabra. Por eso yo marcaba esto de que el jugar es indiferente a con qué material se juegue. Ya un bebé juega con sonidos en la boca tanto como juega con sus manitos con cosas. El jugar atraviesa esos registros, por lo tanto no vamos a priorizar ninguno. Y en la práctica vemos que los chicos divergen mucho en cuanto a su régimen de producción preferido; hay chico que juegan sin hablar o dibujan sin jugar ni hablar o hablan, dibujan y juegan por partes iguales o hablan mucho y juegan poco. Nosotros no vamos a quedar pegados a esas cosas, ni tampoco dejarnos impresionar por la aparente productividad del chico.

Insisto en la importancia de descentrar las cosas en función de desmarcarnos de un Positivismo. Además, como siempre hay un nuevo positivismo uno encuentra actualmente muchas de estas cosas en neurólogos, pediatras, otros psicólogos, etc. Para desmarcarnos de eso el jugar nos ayuda mucho porque a

un positivista nunca le interesó como un chico jugaba. Por lo menos a un positivista puro, el caso de Freud es distinto. Él tenía una postura mucho más indefinible, no fácilmente situable que estaba demasiado impregnado de ideales positivistas. Pero es un punto importante. Por ejemplo, todo lo que conocemos de los planteos clásicos ya asumidos por la cultura sobre la sexualidad infantil tienen vigencia y su eficacia metidos en la cuestión más vasta del encuentro. Un elemento de sexualidad infantil que no esté integrado en una experiencia de encuentro, por ejemplo los juegos sexuales o la masturbación, es algo patológico o disociado o compulsivo. El chico no es una máquina de buscar placer sexual. De hecho, a veces los chicos parecen bastante menos interesados en la sexualidad infantil que los psicoanalistas. Están interesados en otras cosas o tienen otras prioridades. Y cuando lo están es en una perspectiva que hoy tenemos que replantear. Justamente allí ya en los primeros años del psicoanálisis la palabra juego apareció abrochada a lo sexual. Por ejemplo; juego sexual, juegos sexuales infantiles, juegos sexuales preliminares al coito. Juego ahí, nuevamente, no es una metáfora, no es una manera de decir. Si la sexualidad no está impregnada de juego, no tiene cualidades lúdicas, se vuelve algo mecánico imposible de subjetivar y como tal no tiene valor desde el punto de vista de los procesos subjetivos. Lo que estoy llamando ENCuentro integra reestructurándolos hallazgos anteriores del psicoanálisis. Hoy en relación a la masturbación nuestra pregunta nuevamente va a ir más al ¿cómo? Si un chico se masturba en determinada situación acompañado de fantasía, determinada fantasmática que desenvuelve, no es lo mismo que un chico que se masturba como por una especie de compulsión mecánica, de manera compulsiva. En el primer caso, toda esta fantasmática está muchas veces acompañada por visiones de videos o de fotos o de frases que lo excitaron; esa fantasmática ya viene en un “entre”. En el otro caso, es una especie de acto mecánico de descarga.

Justamente jugar va a implicar promover conceptos como “capacidad para” y como “experiencia”. Jugar como eje para la experiencia del encuentro, para la experiencia de la creación y eso va a tomar el lugar de otro concepto muy mecanicista para mi gusto que el de descarga; el acto sexual como descarga, tal actividad lúdica como descarga, tal acto agresivo como descarga. Lo de carga-descarga implica ahí una concepción mecánica que bloquea, muchas

veces ya en Freud, la idea de experiencia. Es un vocabulario mecanicista que incluso ha llegado a la calle: *"Hago este deporte porque me descargo"*. Pero ahí toda una teoría propia de la subjetividad que analizar. Si alguien me dice *"Para mí la sexualidad es una descarga"* y apenas me descargo ya no quiero estar más con la otra persona, eso me está marcando que ahí hay una cierta patología del encuentro que limita ahí la misma capacidad erótica de la persona.

En este encuentro es importante incluir dos dimensiones más dentro del encuentro como categoría amplia que pueden quedar descuidadas. Hay que tener cuidado de no tener una concepción como "sensiblera" o sentimental de encuentro, con cierto tono humanista o pacifista. El encuentro va a implicar elementos que tienen que ver con la transferencia, y eso en Winnicott está muy claro. No es siempre todo armonioso. Por ejemplo, en un adolescente su necesidad de encuentro con los padres y con los adultos por momentos es una necesidad de choque, provocación, pelea y desafío. Pero eso es un encuentro tan encuentro como el encuentro amoroso del pezón en la boca. El ENCUENTRO implica, hablando de necesidad, lo que Winnicott llama "necesidad de oposición". El encuentro no lo puedo realizar si justamente no chico en algunos momentos y en ciertas cuestiones con el otro. Una madre que trata de nunca enojarse, porque lo creyó saludable o lo leyó en un libro, no le deja al bebé experimentar, chocar con una madre enojada y con un afecto corporal de la madre muy importante. Eso no es bueno. La necesidad de oposición se acrecienta mucho en determinadas épocas justamente de enorme crecimiento subjetivo; la del deambulador (de 1 a 3 años) que usa el "NO", la del adolescente. El encuentro entonces va a incluir el choque, el disenso, la violencia, la discordia. Es un elemento fundamental del encuentro. El "No" forma parte del encuentro. Encontrar el "no", jugar con el propio "no" es muy importante. Cuando los chicos están todo el día "No, no, no", aunque sea sí, un juego. No es todo color rosa.

Marisa Rodulfo: - Dos cosas quería decir. Una, que el ENCUENTRO también es el encuentro con uno mismo. O sea, que el encuentro tiene que ver con el reconocimiento de la alteridad del otro y con el reconocimiento de la alteridad propia. Y yo lo que veo con adolescentes, distinto a lo que vos decís del

choque, es que ellos quieren que los adultos respeten su proceso adolescente y les dejen hacer sus cosas, pero en una posición sin choque, con el consentimiento del otro como cuando eran chicos. Esta cosa de no vivir la adolescencia como un momento donde uno realmente tiene que ir a un encuentro ruidoso con el otro para poder luego desarrollar su adolescencia. Y allí es donde se producen ciertos impasses donde el adolescente no puede desarrollar su adolescencia porque no lo puede hacer sin la anuencia del otro. Dicen: *“Mi mamá es mi mejor amiga”*. Ninguna mamá puede ser la mejor amiga si uno está en un proceso adolescente.

Ricardo Rodulfo: - Si, voy a contar un material de un paciente que empieza su análisis en la época final de su adolescencia  
(se corta la grabación)